

cinépatá

El vicio de escribir

¿Películas sobre escritores a los que les pasan cosas o sobre las cosas que pasan cuando un escritor escribe? por Alberto Fuguet

Debe ser porque buena parte de los guionistas son escritores (o desearían serlo, vaya uno a saber por qué), los novelistas aparecen en la pantalla con una frecuencia que raya lo sospechoso. Lo curioso es que pocas de estas cintas sobre "el dolor de escribir" (caso: muchos son gordos) han sido un gran éxito (la gente que va a cine, se sabe, prefiere ver la película que leer el libro).

Así así, estas películas siguen apareciendo para dentro de los pocos escritores que están en la plaza. Lo que al cine le interesa, eso sí, son las aventuras que vive un escritor, no la aventura que implica escribir una historia. Suena lógico y quizás lo es. Pero, si se la analiza un poco, es casi demente. ¿Valdría la pena hacer un filme sobre un corredor de autos y no dejarlo correr? ¿Podría existir una película de boxeadores sin la secuencia de entrenamiento de rigor? Quizás por eso es tan atractivo para un actor interpretar a un escritor: sólo tiene que ahuyentar de libros y, a lo más, tipear unas líneas. Dar vida a un pianista, o un pintor, eso ya es otra cosa.

Eso sí que implica trabajo. De todo modos, existen varios filmes que captan el proceso de narrar o, al menos, son cercanos al momento de crear el contenido, entre todos y pamiroto, que rodea el vicio de escribir. Woody Allen, desde luego, sabe de lo que está hablando. De todo lo suyo, me queda con *Mannahatta* ("capítulo uno: el actor: Nueva York...") y la acrobacia, pero ligada, *Los enredos de Henry*. *Runes y famosas*, el último filme de George Cukor, dice un par de verdades sobre la vanidad y la incompetencia entre la gente de letras. De la mente del gran Stephen King han surgido al menos tres películas claves sobre cómo ocurre dentro de la mente de un escritor: *Misery*, *El coronador* y *Cuentos crepusculares*. Claves, por cierto, son *Swerve*, de Paul Auster, Wayne Wang, y, quizás la más importante de todas, *Barton Fink*, de los hermanos Coen.

El año pasado me conmovió *Una de semana de locos*, la inteligente y sobre todo adulta cinta que Curtis Hanson realizó a partir de la novela del reciente Premio Pulitzer Michael Chabon. Así Michael Douglas se lució como un escritor bloqueado que se gana la vida

con un taller y al que le toca enfrentarse con un alarín tan excéntrico como genial (Tobey Maguire, notable). Todo en esa cinta oía a verdad, nadie tenía nada claro, remana la duda y los personajes acarreaban tal cantidad de farsas y excéntricas que hasta los principales tenían ese tipo de nebulosa que generalmente está reservada a los personajes secundarios.

Descubriendo a Forrester, la última cinta de este sub-género, es *Wonder Boys* (Chicos maravillosos, el título original de *Una de semana de locos*) para los fans del *Reader's Digest*. Es la película perfecta para los que no leen, pero creen que los libros no deberían pagar IVA. La crítica ha reiterado que es una pena que esta cinta sea de Gus Van Sant y estoy de acuerdo. Pero uno no siempre puede juzgar un filme pensando en el pasado del cineasta. Es cierto que *Descubriendo a Forrester* es el tipo de cinta por el cual Matt Dillon se drogaba en *Dragón de Comboy*. Es, además, un remake casi perfecto de *En busca del destino*, cinta con la que Van Sant inauguró el sub-género chico-huerfano-genio-bascon padre adoptivo. Pero, si uno deja el factor Van Sant de lado, *Descubriendo a Forrester* parece como lo que

es: basura perfecta. El filme funciona y atruete y entretiene y hasta logra (casi) emocionante. A los lectores de Paulo Coelho les osará levantarse de sus asientos. La película cuenta la odisea de Jamal (el debutante Rob Brown, magníficamente dirigido), un chico negro maravilla que escribe como los dioses. Su dilema es que no desea que el resto de sus amigos crea que él es un nerd

sensible o algo peor. Utilizando esa energía guardada que sólo se encuentra en las películas, Jamal se transforma en un gran jugador de básquetbol (esto provocará la envidia de los escritores de la platea que, por lo general, son una tropa de descontentados). Este don lo llevará bocado a un elegante colegio privado donde abundan los blancos (entre ellos, la adorable e inteligente Anna Paquin). ¿Qué más? Ah, me faltó el gran escritor. Ocurra que, a un costo

máquinas de escribir.

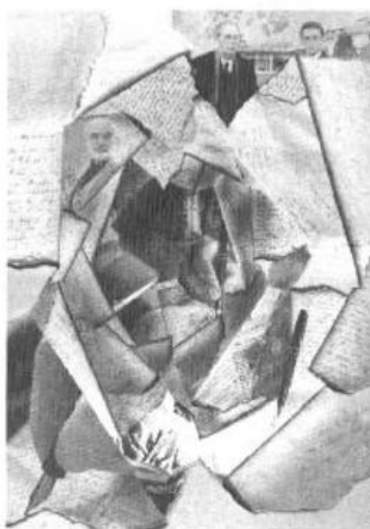
Lo que me molestó (pero no me sorprendió) es que *Descubriendo a Forrester* es más sobre básquetbol y básquet que sobre literatura. La tesis del filme es que es malo estar solo (algo, por lo demás, bastante necesario para escribir) y que lo importante, en el fondo, es hacer deporte. Connery termina liberando, amando en bicicleta, a lo Skarmeta.

Y es justamente a «El show de los limos», pero en ácido, lo que me recordó la bizarrísima, casi-némesis, más-que-excéntrica *Los libros y la noche*, una cinta argentina que bien podría definirse como un documental del espacio exterior. La estrella es Borges, actor poco leído, pero muy citado, admirado y, de un tiempo a esta parte, transformado en figura pop. El responsable de esta cinta de culto instantánea (los fans de Borges están felices y la abrazan; los adictos a «Maldita Sea» gozarán y memorizarán los peores parlamentos) es Tristan Bauer (un gran nombre) que ya ha realizado pactos-kitsch parecidos. En vez de optar por un documental de punta a rabo, Bauer decide soltar su imaginación y recrea a Borges (hay un Borges viejo y un Borges joven con anteojos tipo «Dónde

está Walby?») y, peor aún, intenta dramatizar el mundo borgeano (hay muchos laberintos, por cierto).

Bauer se va por lo fácil y en vez de adaptar los cuentos, los ilustra.

Pero igual vale la pena echarle un vistazo a *Los libros y la noche* por los increíbles documentales con el verdadero Borges hablando en programas de televisión. Visto en pantalla ancha, riéndose, pensando, recordando a su madre, vale el precio de la entrada. El resto del mundo borgeano por encargo empuja desde el lado del verdadero: un heriberto viejo, solo, frágil, excéntrico, viejo. Eso es un escritor, nada más, nada menos. Pero eso, claro, es (supuestamente) poco cinematográfico. ■



La tesis de «Descubriendo a Forrester» es que es malo estar solo (algo, por lo demás, bastante necesario para escribir) y que lo importante, en el fondo, es hacer deporte.

AUTORÍA

Fuguet, Alberto

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El vicio de escribir [artículo] Alberto Fuguet.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile